

Ana de Lacalle Fernández

EL PRÍNCIPE DESTRONADO

El liderazgo del profesor

**Ana de Lacalle
Fernández**

© *El príncipe destronado: el liderazgo del profesor*

©Ana de Lacalle Fernandez

ISBN papel 978-84-686-1137-2

ISBN ebook 978-84-686-1138-9

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L.

INDICE

1,- *Introducción*

2,- *¿Enseñar filosofía?*

3,- *El sistema educativo como paradigma en el que debemos actuar*

4,- *Estrategias de aprendizaje*

5,- *El lugar de las estrategias de aprendizaje*

5.1,- *Una estrategia de aprendizaje: Las TIC*

6,- *Conclusiones*

Educar es dar al cuerpo y al alma
toda la belleza y perfección de que
son capaces. **Platón, La República**

1.- Introducción

Después de dieciocho años de práctica docente enseñando filosofía. Una se cuestiona: ¿Tengo algo qué decir? Flaco favor le haría a la filosofía, o a mí misma, si la respuesta fuera que no tengo nada que decir. Quizás porque la filosofía ejerció en mí una especie de embrujo desde que entré en contacto con ella –y no tuve buen profesor, también hay que decirlo- no puedo concebir que su enseñanza me pueda haber dejado indiferente.

Así, intentando trascender lo anecdótico e identificando lo significativo que de este bagaje he adquirido, me propongo desarrollar una síntesis de las cuestiones que hoy siguen siendo relevantes para la enseñanza de la filosofía.

A menudo ordenar la propia experiencia resulta problemático. Primero porque su jerarquización y su propio contenido no pueden desprenderse de la singularidad. Después porque la intención es que esta vuelta atrás, en vistas al presente, resulte relevante no sólo para mí, como sujeto activo, sino para los que como yo lidian con esta tarea. Creo, además, que su relevancia será mayor si hay algo de generalizable o extensible en las conclusiones extraídas de la propia experiencia. Si no es así, este escrito podría quedarse, en la mesilla de noche, como el diario de un profesor que intentó serlo. Sin dramatismos, sólo con pragmatismo.

Sentadas estas premisas, tengo que admitir que aquella idea que, con más fuerza aflora en mi mente, tras estos años de experiencia es la **necesaria distinción entre filosofía y actitud filosófica**, que me ha ayudado sin lugar a dudas a orientar y situar con claridad el **para qué** de la filosofía en la educación secundaria y posteriormente el **cómo**.

Respecto al **cómo** la obtención de claridad es más compleja. Tal vez al principio es más fácil descartar lo que parece que no funciona didácticamente que dar con la herramienta clave. No obstante, entiendo que el haber definido el para qué me ha facilitado con el tiempo el cómo debe ser llevada a cabo esta práctica educativa. En ella destacaría, desde el ámbito de la didáctica de la filosofía objeto de este escrito, **el liderazgo del profesor como la principal estrategia educativa**.

Habiendo definido con claridad los dos aspectos fundamentales de la tarea educativa, que justifico a lo largo de la presente reflexión, sólo resta mirar el entorno y aplicar lo útil y denostar lo inútil, prescindiendo en la medida de lo posible de las presiones que el propio entorno ejercen siempre. Por ello **tras clarificar el qué y el cómo analizo los paradigmas educativos en los que nos han obligado a movernos en los últimos años e introduzco un modelo alternativo**, en lo que a didáctica de la filosofía se refiere. **Por último describo la estrategia de aprendizaje que se deriva del modelo propuesto y analizo las estrategias de aprendizaje que dentro los paradigmas oficiales se consideran valiosas.**

No pretendo establecer verdades, difícilmente creo en alguna, sino reflexiones que han surgido de la práctica educativa y quieren revertir en ella. Ideas que sirvan de acicate para quien cree que las leyes determinan lo bueno y lo malo –seguimos inconscientemente con esa confusión entre el derecho y la moral–

y que cualquier otra práctica que no se ciña al paradigma vigente debe ser desdeñada. Más, aún, cuando a veces me cuestiono qué experiencia docente poseen los que diseñan y deciden nuestro sistema educativo. Por todo esto, mi reflexión deseo que lleve a cuestionar aquello que hoy, por su novedad –a veces lo nuevo parece lo bueno, padecemos aún el síndrome de lo moderno o mejor dicho aún lo que Maritain denominó novolatría- se presenta como un gran hallazgo incuestionable.

En síntesis, intento defender la hipótesis de que la filosofía debe aportar a la educación de los alumnos una actitud filosófica o actitud crítica, cuya consecución me parece factible fundamentalmente gracias al liderazgo y autoridad que el profesor es capaz de ejercer. Sin menoscabar, por ello, la importancia de otras estrategias, creo necesario poner el énfasis en este factor educativo desprestigiado y minimizado en nuestros días.

En filosofía son más esenciales las preguntas que las respuestas.

K.Jaspers

2.- ¿Enseñar filosofía?

Una de las primeras dificultades con las que se encuentra el profesor de filosofía, el día que se sitúa en el aula delante de sus alumnos, es intentar proporcionarles una definición de lo que es filosofía, sin acotarla excesivamente y ahogarla, y sin pecar de excesiva vaguedad. Acostumbramos a describir, para ello, una serie de actividades consistentes en plantear preguntas sobre lo que resulta problemático, así como presentar como problemático lo que a simple vista no lo es. Pero ¿preguntas sobre qué? Reclaman los alumnos. ¡Sobre todo! Respondemos con rotundidad. Esta primera aproximación nos lleva a intentar conectar, de entrada, con aquellas cuestiones existenciales que probablemente como adolescentes ellos mismos se han formulado: ¿qué sentido tiene la vida? ¿Para qué estamos aquí? ¿Somos verdaderamente libres?...Ahora bien, aunque todo el mundo puede tener una actitud filosófica en algún momento puntual de su vida, no es honesto afirmar que todos somos filósofos, como creo que demagógicamente afirmamos a veces. Las cuestiones de las que se ocupa la filosofía son cercanas y a la vez lejanas. Responden a nuestras necesidades más acuciantes en alguna etapa de nuestra vida, pero también responden a cuestiones de las que la mayoría de humanos prescindirán. Por eso, entiendo que clarificará la mente de nuestros alumnos que explicitemos la diferencia entre la filosofía y la **actitud filosófica**. La filosofía es el resultado de la actividad racional y reflexiva de aquellos que por su conocimiento –sabiduría en el sentido clásico-

han sido capaces de mirar a su alrededor y a sí mismos con actitud filosófica, es decir, con la intención de problematizar. Filósofo es, por tanto, el que dinamita el sentido común y lo trasciende, analizando las cuestiones más profundas que el pensamiento puede llegar a formular. Así, la filosofía entiendo que sólo puede ser enseñada como historia del pensamiento, como el recorrido que los humanos –en nuestro caso occidente- han realizado desde la primera cuestión , casi pueril que trascendía sus propios límites, hasta las grandes preguntas metafísicas.

Enseñar filosofía es, por tanto, desde mi punto de vista conectar las mentes, la mente de aquellos sabios que nos precedieron con la de nuestros alumnos, para que sean capaces de leer en ellos lo imperecedero de sus reflexiones. A su vez, ese contacto con los que filosofaron proporciona al alumno pautas, modelos de cómo dirigirse a los objetos para que resulten problemáticos y de cómo pueden ellos proceder en su contexto actual. Así pues, el aprendizaje significativo no debe ser tanto de lo que otros pensaron, como la interiorización por parte del alumno de una actitud filosófica que emerja, casi como hábito, de su mente en cualquier contexto o situación en la que se encuentre. Intentamos educar en lo relevante y lo relevante, entiendo que es esa actitud vital que permite a las personas mirar el mundo más allá de lo que el mundo muestra. Una cosa es “hacer filosofía” otra tener una “actitud filosófica”. Si los profesores conseguimos estimular el desarrollo de esa actitud creo que la filosofía estará aportando un plus insustituible en la educación de los jóvenes, un plus de calidad humana que tanta falta hace en nuestra sociedad. La necesidad de esta actitud debe ser reconocida por el alumno, formar parte de sus propios retos. A veces para que la visualicen les invito a imaginar una sociedad que disponga de técnicos “sin cerebro”, es decir, de mentes capaces de desentrañar el

funcionamiento de aparatos complejos, pero sin criterio para dilucidar su uso, ¿qué aportaría al desarrollo de la humanidad una sociedad así?

Así pues, apuesto por diseñar estrategias de aprendizaje orientadas al desarrollo de esa actitud filosófica que es el legado más preciado que podemos dejar a los que nos sobrevivan. Enseñar filosofía no es exponer la historia de las ideas, sino utilizar las ideas de otros para desarrollar la capacidad de gestar las propias, gracias a esa inercia filosófica, esa actitud filosófica, que debemos intentar imprimir en nuestros alumnos.

En este mismo momento se fija lo que a partir de entonces ha de ser "verdad", es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo que el lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad, pues aquí se origina por primera vez el contraste entre verdad y mentira.

F. Nietzsche

3.- *El sistema educativo como*

Paradigma en el que

Debemos actuar

Hemos asistido en los últimos años a una serie de cambios en el sistema educativo. La necesidad de cambiar el paradigma educativo parte en primera instancia de la universalización de la educación. Y era razonable, si consideramos que un sistema ideado desde un contexto político no democrático debía ser adaptado a la nueva realidad política que generaba a su vez cambios importantes en la sociedad. Realidad que respondía además a un intento de hacer de la educación un derecho, de hecho, universal hasta los diecisésis años. Esta extensión democrática de la educación lleva consigo el interés de hacerla además asumible para la gran mayoría, entendiendo el aprendizaje como un proceso principalmente comprensivo, lo cual debe medirse a través de unos parámetros determinados. Y parece de sentido común sostener que la comprensión de lo estudiado es fundamental para su aprendizaje. De alguna manera oponiéndose al excesivo ejercicio de memorización del sistema anterior, se desprecia su importancia, lo cual está bien si por memorizar se entiende acumular información sin entenderla. Pero se cae quizás en un desprecio de la memoria sistemático que considero acaba entorpeciendo el aprendizaje. La memoria es una

facultad indispensable para el desarrollo de la inteligencia, sin la que difícilmente la segunda puede ser ejercitada. No obstante, el nuevo ordenamiento sostiene que la compresibilidad minimizará el fracaso escolar que es una de las finalidades que laten en el nuevo diseño educativo. Hasta aquí, bien. Sin embargo la LOGSE –ley orgánica de ordenación general del sistema educativo en España 1990- parte de un paradigma pedagógico que aunque sustentado por las corrientes cognitivistas del momento, es discutible de raíz, como veremos a continuación. Propone organizar el proceso de aprendizaje en relación a los conocimientos –la actitud pasa a ser un aspecto evaluado por sí mismo- distinguiendo los conceptos de los procedimientos. Tanto las actividades de aprendizaje como las actividades de evaluación deben realizarse partiendo de esta distinción. Sin embargo, a mi entender, pretender que se distinga y se evalúe la comprensión de los conceptos de su aplicación procedural, es como perpetuar la inmadurez mental en los individuos. A parte, de un artífico que no cumple el supuesto objetivo de personalizar el proceso de aprendizaje al identificar alumnos que son más capaces de asimilar conceptos que de aplicarlos. La práctica docente ha demostrado que lo uno está inexorablemente unido a lo otro y que difícilmente se puede aplicar un procedimiento en situaciones nuevas si no han sido integrados los conceptos que lo justifican. Por suerte, los docentes conservamos el sentido común y aunque formalmente tuvimos que mantener esas distinciones nuestro paradigma era otro. Aquel que uno constata con tan sólo recuperar el propio proceso de maduración intelectual y percibirse de que éste fue posible en el momento en que la abstracción se instaló con comodidad en la mente, y que todo el proceso anterior no fue más que la batalla por comprender el conjunto de lo que está unido y sólo puede ser separado por un acto de voluntad

consciente de nuestro pensamiento –como la materia y la forma aristotélica-

Además, su excesivo empeño en reducir el fracaso escolar ha priorizado las dificultades de unos en detrimento del desarrollo de las capacidades de otros, provocando un declive de la cultura del esfuerzo y de la excelencia personal que hacen actualmente de la ESO la etapa educativa más difícil de gestionar.

A partir del año 2006 la LOGSE queda sustituida por la LOE –ley orgánica de educación- que parece un intento de corregir las deficiencias de la ley anterior, pero que desgraciadamente parece no avanzar mucho y sí recuperar elementos básicos de la educación, que son por otra parte casi evidentes para cualquier docente. Intentemos dilucidar el cambio de paradigma educativo que implica la nueva ley respecto de la anterior.

Tan desafortunada fue la distinción que estableció la LOGSE entre el aprendizaje de conceptos y el de procedimientos como la elección del término competencia, por parte de la LOE, para destacar el tipo de capacidades o habilidades que deben ser educadas en los alumnos.

Presupongo que la introducción – por la LOE- de las competencias como aquello relevante que debe ser adquirido por el alumno, ha sido un intento de superar el artificio concepto-procedimiento. Detengámonos brevemente a analizar éstas.

El diccionario de la Real Academia de la lengua define el término competencia en los siguientes términos: pericia, aptitud, idoneidad para hacer algo o intervenir en un asunto. La habilidad, la capacidad para la acción parecen ser los aspectos destacados en el término a analizar, obviando la importancia de la reflexión como paso previo a toda acción. Esto no es en absoluto sorprendente.

La sociedad de mercado que todo lo puede ha impuesto unos parámetros de evaluación, propios de la empresa mercantil. Ha extendido sus tentáculos a toda actividad social, tenga ésta la naturaleza que tenga. De esta forma todo es visto, leído desde la perspectiva del mercado competitivo. En este contexto es comprensible que la capacidad y la habilidad de hacer sean magnificadas, ya que por naturaleza cada agente económico debe conseguir la máxima productividad, para ser competente en el mercado. Así, el sistema exige formar individuos competentes en diversas actividades, buenos técnicos, buenos informáticos, buenos ingenieros, buenos profesionales, pero seguramente con esto no es suficiente, si el exceso de pragmatismo obvia otros aspectos del ser humano que son tan o más importantes que los mencionados.

Diríamos, pues, que en educación lo relevante es formar al individuo como ser humano. Aquí podríamos entrar en un debate interminable sobre aquello en lo que consiste ser humano. Sin pretender sentar ningún modelo antropológico al respecto, me atrevería a destacar como elementos básicos del ser humano el desarrollo pleno de todas sus características. Y no olvidemos que, como Hume destacó en su “Tratado sobre la naturaleza humana”, el hombre es un ser racional y un ser de acción. Un ser racional en cuanto aspira a conocer el mundo que le rodea y a sí mismo, y un ser de acción en tanto que movido por sus emociones lleva a cabo acciones, previamente reflexionadas. Siguiendo esta descripción humeana tendríamos que: la racionalidad, las emociones y la acción son tres aspectos de la naturaleza humana que demandan cultivo y dedicación, al menos por igual.

*Esto me sugiere que quizás existen categorías lingüísticas que reflejan con más fidelidad aquello que es relevante en la educación. Acudo por ello al término griego **areté** –cuánto dijeron*

*los griegos y qué poco hemos dicho nosotros- que recoge, como la excelencia en el desarrollo de una determinada actividad, tanto el saber teórico como el saber práctico. Para los griegos –y esto antes de que Sócrates le diera al término una connotación moral que hemos traducido por virtud- saber algo significa tener el dominio de ese algo, haber captado la naturaleza del algo y ser por tanto capaz de desplegar lo que la propia naturaleza conlleva. Así, no es músico el que toca el violín, sino el que posee un dominio del violín, llega a la excelencia como violinista; no es político quien ejerce la gestión de lo público, sino quien posee un dominio sobre la gestión de lo público y eso le lleva a desempeñar su función política con excelencia. ¿Significa esto que estoy afirmando que educar es posibilitar que los alumnos lleguen a lo más alto, a la excelencia? Sí y no. No, en el sentido de que no todos podemos ser músicos, políticos, porque nuestras habilidades y características son distintas –recordemos que la igualdad debe serlo de oportunidades, porque como Hobbes ya vio no hay igualdad natural- Y sí, en el sentido de que educar es posibilitar el pleno desarrollo de cada uno, sea éste el que sea, porque si uno despliega todo lo que su naturaleza le otorga, nadie puede dudar que dicho individuo ha cumplido su **areté**, su excelencia como ser humano.*

*Por consiguiente, el uso del término competencia para destacar lo relevante a educar me parece un exceso de pragmatismo mercantilista que obvia los aspectos fundamentales que un individuo humano necesita desarrollar y cuya educación debe facilitarlo. Por eso, entiendo que el término **areté**, cuya traducción en el presente contexto habría que estudiar, pero que desde luego no es competencia, es fiel al modelo de educación por el que se apuesta en el presente escrito. Educar en los jóvenes –siempre a través de la filosofía que es el ámbito al que me ciño- su*

racionalidad, para que sean individuos con actitud crítica o filosófica en su entorno; educar su capacidad de acción y su habilidad como resultado coherente de una reflexión previa; educar su sensibilidad emocional, para que, presente siempre en sus reflexiones, les lleve a actuar de una manera ajustada –en el sentido de lo que es justo– en las diversas circunstancias.

Me permito, asimismo, recordar, en este instante y a raíz de los tres aspectos básicos del desarrollo del individuo humano –racionalidad, emociones y acción– la importancia que en los últimos tiempos se ha concedido a la educación de la inteligencia emocional. Los defensores de esta “nueva” forma de entender la inteligencia sostienen que la capacidad para adaptarse al entorno pasa necesariamente por el conocimiento y control de las propias emociones y por la habilidad empática que el individuo muestra en relación a su entorno. A partir de aquí se ha reclamado que la escuela debería educar también las emociones como factor determinante para la buena integración del individuo en su entorno social. El mismísimo JS Mil, a principios del S.XX, se lamentó de haber sido educado desde su racionalidad y haberse sentido por ello mutilado emocionalmente, hecho que parece ser le provocó una depresión hacia los veinte años de edad. La escuela tiene límites, más de los que todos queríamos, pero me temo que sus límites se estrechan en la medida en que toda carencia social parece que debe ser resuelta por las instituciones educativas. Con esto, no menosprecio la importancia que en la educación de las emociones tiene la escuela, antes bien sostengo, como justifico posteriormente, que es en la relación emocional entre el alumno y el profesor que puede surgir la motivación de aquél por aprender y la he considerado clave para que se produzcan aprendizajes significativos. No obstante, me gustaría constatar que la escuela no es el único, y me temo que ni tan solo el principal, agente

educativo que merodea por las mentes de nuestros jóvenes. *El influjo familiar indiscutible y los medios de comunicación –incluyendo las nuevas tecnologías– es a menudo un contrapeso insuperable para la tarea educativa. En el entorno familiar se fraguan los sentimientos y emociones básicos con los que el niño-joven afrontará cualquier situación de su vida, y por la crisis, el cambio que está experimentando la estructura familiar no creemos que su aportación garantice la estabilidad emocional que todo individuo necesita.* Por otro lado los medios de comunicación generan perfiles, modelos a seguir y su estrategia es la manipulación de lo emocional para lograr individuos moldeados y posteriormente consumidores de esa supuesta forma de vida feliz. La escuela, cuando lo hace, debe intentar estimular la seguridad, la autoestima y la autoconfianza del individuo en sus propias características y forma de ser, y para esto ni los docentes estamos preparados, ni es sencillo lidiando con treinta alumnos por aula –esto siendo optimista y sin mencionar que ningún profesor imparte clases a un solo grupo-clase, sino que puede llegar a tener ciento y pico de alumnos–

A pesar de las dificultades mencionadas, que no son pocas, entiendo que **debemos apostar por una educación integral, que no desarrolle sólo individuos competentes, sino personas con criterio propio, capacidad de esfuerzo, sensibilidad y dedicación a las tareas que asuma en el futuro, sean cuales fueren, porque así, seguro, que además será competente.** Razón, sensibilidad y acción constituirían por tanto el eje estructurador del educando sobre el que la filosofía puede ejercer como potenciador indiscutible.

No hay más que una educación y es el ejemplo. **Gustav Mahler**

4.-Estrategias de aprendizaje

Establecido el marco teórico que impone el sistema educativo y las correcciones que respecto de éste he realizado, se hace necesario clarificar qué estrategias de aprendizaje son adecuadas. No olvidemos la idea de que la filosofía debe educar la areté del alumno y que, en consecuencia, toda estrategia o método usados en el aula están orientados a este objetivo. Por eso, y sin olvidar que las sugerencias que aquí se hacen se ciñen exclusivamente a la enseñanza de la filosofía, expongo a continuación la forma de proceder y de enseñar que considero clave para educar una actitud filosófica o, lo que sería equivalente, la excelencia individual a partir de una actitud crítica que permita al alumno relacionarse con su entorno, sin quedar absolutamente engullido por él.

Cómo sabemos, la mayeútica es el método socrático a través del cual el maestro griego esperaba que la verdad emergiera del interior de cada uno. Su estrategia era el diálogo inductivo, con el que, por tanto, partiendo de situaciones o hechos sabidos y conocidos intentaba ascender hacia el conocimiento de las grandes cuestiones, como si pretendiera que las Almas se engendrasen a sí mismas, nos dice P.Hadot. Hoy nosotros, al igual que intuyó Sócrates, nos topamos con los límites del propio lenguaje para dar con respuestas capaces de satisfacernos, pero podemos extraer y ayudar a extraer a los alumnos la experiencia de lo desconocido, de aquello que nunca satisface plenamente porque nunca se muestra a través del lenguaje en su plenitud. Todo decir es siempre escaso e insuficiente, por eso a veces la filosofía se muestra como un quehacer inútil para los que están

dominados por el pragmatismo. Tarea nuestra será también educar en el alumno el gusto por la disquisición que no se deja vencer ante la falta de respuestas definitivas, tal vez porque el sentido crítico, la actitud filosófica nos lleva a vivir en la profundidad de lo humano. Quizás sea una forma socrática de adentrarlos en la experiencia de la propia vida, anhelar para seguir viviendo.

Creo que Sócrates fue el primer gran didacta de la historia –o quizás Platón- Y ello porque entablar un diálogo que mantenga la tensión y el interés de los contendientes, en la búsqueda de respuestas a cuestiones previamente planteadas, es lo que desearía cualquier profesor de filosofía. El diálogo como método de enseñanza-aprendizaje me parece fundamental. Un diálogo en el sentido dialéctico –siento que el lenguaje político haya menoscabado la importancia del término- en el que el profesor plantea cuestiones que deben ser abordadas por los alumnos con un cierto rigor discursivo. Para ello, el profesor es el referente del que el alumno dispone para asumir esas habilidades dialécticas y debe por tanto desarrollar su discurso proporcionando un lenguaje y una manera de preguntar, ahondar y responder que el alumno va adquiriendo por osmosis –y esto se lo acabo de tomar prestado a un compañero y amigo- Para que alguien aprenda a razonar tiene que observar cómo se razona, para que alguien aprenda a preguntar tiene que observar cómo se pregunta, para que alguien pueda gestar respuestas provisionales pero sustentadas en la racionalidad, debe observar como otro las elaboran. Como afirmó Wittgenstein “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, ampliemos el uso y la capacidad para el lenguaje porque estamos ampliando el mundo mental de nuestros jóvenes, con los límites que éste nos impone.

Así, diríamos que en el desarrollo de esa actitud filosófica de la que hablábamos al principio, no podemos renunciar a que el profesor elabore y desarrolle sus discurso en la clase, el discurso filosófico obliga al alumno a un esfuerzo intelectual que desarrolla su capacidad de abstracción, le proporciona un dominio del lenguaje sin el que el pensamiento abstracto se hace inviable y en definitiva estimula unas habilidades que son fundamentales en el desarrollo de su espíritu crítico. Por eso sostengo que la filosofía debe enseñarse como historia de la filosofía, porque entiendo que de la misma manera que el profesor con su discurso estimula las capacidades de los alumnos, la puesta en conexión con autores clásicos que permitan recorrer el proceso mental y racional que siguieron ellos, es un modelo ineludible para adquirir esa habilidad dialéctica antes mencionada. En este sentido, podría ser conveniente diversificar el currículum de la filosofía en el bachillerato atendiendo a cada una de las modalidades, ya que podríamos fortalecer –que no hacer exclusivas- la lógica en las modalidades científicas y la ética o la política en las modalidades más humanísticas, por ejemplo. **Por tanto el profesor debe, mostrando el orden de su propio discurso, ser el modelo a partir del cual el alumno va a poder participar en un diálogo filosófico fructífero.** Sin modelos no hay posibilidad de imitar, sin imitación no hay inicio de aprendizaje, somos así de animales, como parece haber constatado J.Gomá en su obra Imitación y experiencia. Después cada uno debe encontrar su propio orden mental, pero éste no puede ser elaborado de la nada.

Por último desearía destacar la importancia de la lectura. Puede parecer un tópico pero no lo es en el contexto en que nos encontramos. Interiorizar la habilidad discursiva exige, como ya he mencionado, tomar como referente el discurso del profesor pero a la vez entrar en contacto con los clásicos, no sólo a través del

docente, sino por la lectura directa de éstos. Identificar discursos bien elaborados, sistemáticos o no, con el tiempo y la paciencia que exige la lectura es un escollo por el que hay que pasar. Y digo escollo porque sé que nuestros alumnos no se entregarán a la lectura complacidos. Pero por suerte o por desgracia, el lenguaje escrito sigue siendo creo el elemento estructurador más potente. Renunciar a leer es renunciar a crecer. Renunciar a crecer es dar rienda suelta a nuestras conductas más ancestrales. La filosofía también debe ayudar a crecer y, así es, si se aproxima al cumplimiento de los objetivos y medios aquí fijados.

Esfúérzate por mantener las apariencias que el mundo te abrirá crédito para todo lo demás - (Winston Churchill)

5.- El lugar de las estrategias de aprendizaje

-o cómo no excedernos en las funciones de éstas-

Habiendo establecido que, a mi entender, la enseñanza de la filosofía debe desplegarse desde el diálogo colectivo, gestado a partir del modelo discursivo que constituye el profesor para los alumnos, así como los autores que con este objetivo se abordan, considero imprescindible hacer algunas anotaciones respecto del énfasis que actualmente se pone en un tipo determinado de método.

En los últimos años nuestro sistema educativo ha pecado en exceso de lo que denomino “el método vacío”. Esta expresión, seguramente poco apropiada, pretende destacar la insistencia que hacemos en el diseño teórico de estrategias y metodologías de aprendizaje que a veces sustituyen un vacío. ¿Qué vacío? Creo que en primer lugar, el vacío de contenidos al que nos empuja un sistema pensado para alumnos “flojos”, hijos de una sociedad del bienestar que han crecido con la actitud de un consumidor vital. Saben consumir, lo que otros elaboran, saben exigir lo que otros deben hacer, saben apretar botones que otros han diseñado, pero desgraciadamente para ellos, no están preparados para resolver por sí mismos dificultades que otras generaciones han resuelto desde el silencio y la voluntariedad más que notoria. Intentamos, porque así nos lo exige la sociedad, darles el yogur en la boca, por miedo quizás a que no sepan ni destaparlo. Esta flojera endémica la generamos los padres, cuando facilitamos en exceso la vida a los chavales, cuando los profesores bajamos el listón para que no suspendan muchos –y se llegue a la conclusión de que el profesor

es excesivamente exigente o no sabe enseñar cuando tanto suspenden- y lo genera la sociedad misma cuando muestra un mundo en el que lo relevante es disfrutar, claro está consumiendo, porque eres tan feliz como tu poder adquisitivo. Una sociedad organizada alrededor de un sistema económico que se sustenta en el consumo, un consumo presentado a través de los medios de comunicación como condición necesaria para la felicidad. Una felicidad, a su vez, superflua e identificada con la satisfacción – también los cerdos podían vivir satisfechos escribía Mill, creo que inspirado por Platón- En definitiva, priorizamos el **cómo**, en detrimento del **qué**, y esto parece darnos prestigio a los profesionales de la enseñanza cuando el cómo pasa por el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación y de paso parece que los sufridos alumnos “se aburren menos”.

*En segundo lugar –y no por ello de menor importancia- el **método vacío** esconde a menudo una falta de liderazgo por parte del profesor. El hacer barroco puede distraer la importancia de la figura del “maestro”. Y recurro a esta expresión porque considero que una de las grandes aportaciones griegas a la educación, aportación de gran lucidez pedagógica, fue la relación maestro-discípulo con la que nos obsequió, excepcionalmente Sócrates. ¿Qué hay tan excepcional en ella? La constatación de que el proceso de aprendizaje tiene lugar de forma privilegiada en la relación maestro-discípulo cuando ésta es significativa, es decir, cuando la autoridad moral y la admiración que despierta el maestro cautiva la mente del alumno y surge en él la sed de saber –eso que hoy llamamos motivación del alumno y que nadie sabe por dónde empezar- Traducido a nuestros días, sería algo así como que el profesor debe ser un líder en el aula, liderazgo conquistado por su saber –en el sentido clásico, de nuevo- que al conectar emocionalmente con los alumnos es*

capaz de transmitir su amor por el saber, su pasión, su entusiasmo por lo que explica. En el caso de la filosofía considero esta cuestión fundamental. Si el profesor de filosofía es alguien que “leyó” a Platón, y Platón pasó a ser parte de su saber acumulado, Platón está muerto en su mente, y un muerto no despierta pasiones. La filosofía debe llevarnos a los profesionales de la materia a una vivencia actualizada de las lecturas, que nunca están propiamente acabadas. Si Platón me dice a mí lo mismo ahora, que cuando empecé con veintiséis años, no puedo utilizar el pensamiento de Platón para estimular en los alumnos ningún tipo de actitud filosófica. Platón debe estar vivo en mí, su relectura actual debe sorprenderme en cuanto me suscita cuestiones nuevas, en cuanto mi experiencia interior se ve revolucionada de nuevo por la lectura de un pensador y eso me lleva a mí a indagar nuevas cuestiones o viejas de manera novedosa. Es decir, para educar una actitud filosófica en los alumnos yo debo ser un modelo que les muestre que la vida siempre exige reflexiones, porque la vida cambia, nosotros cambiamos y nuestras lecturas son otras. La pasión, el entusiasmo, la vivencia del profesor son recursos insustituibles que ninguna metodología mágica puede suplir.

Ahondando en la cuestión, la relación emocional que se establece entre profesor y alumno es la clave para la motivación de éste. Mencionaba anteriormente las dificultades que encontramos los profesionales de la educación para “motivar” al alumno. La motivación es un impulso o una pasión que surge del individuo y lo lleva a la acción. ¿Cómo mover a un adolescente cuya tendencia es la de moverse sólo por interés? Obviamente despertando su interés, pero teniendo en cuenta que el contenido que vamos a presentarle –aunque sea como medio para desarrollar una determinada actitud en él- difícilmente va a interesarle, debemos

incidir no en el objeto de aprendizaje sino en las emociones del sujeto de aprendizaje. Si conseguimos la empatía necesaria, el alumno se verá atraído por alguien con quien conecta, sus gestos, sus propuestas le podrán resultar atrayentes y su actitud será positiva en tanto en cuanto buscará el reconocimiento de aquél que él considera digno de admiración. Ejercer el liderazgo en el aula pasa necesariamente por establecer un vínculo empático que facilite el proceso de aprendizaje. Algunos pensarán ¡qué difícil es conectar con todos los alumnos! Sí, cierto....resulta imposible. Es precisamente ahí donde naturalmente tienen cabida estrategias didácticas que faciliten, apoyen y ayuden, pero nunca sean sustitutivas de la figura del profesor, porque lo que él aporta a los alumnos nada más puede aportarlo.

En síntesis, el método vacío resulta nocivo porque viene a suplir por un lado la escasez de contenidos que proponemos a los alumnos y por otro porque acaba supliendo la falta de liderazgo y autoridad por parte del profesor, que pasa a un segundo plano en la medida en que las formas se “comen” el fondo. Por ello, además de no renunciar a los retos que el conocimiento supone para los alumnos destaca la autoridad y el liderazgo del profesor como estrategia motivadora y clave en el proceso de aprendizaje.

Ahora bien, esta reflexión quedaría poco clarificada si de ella se derivara la eliminación de toda estrategia o planificación del aprendizaje. En los años que llevo como docente he dedicado tanto tiempo a preparar dinámicas y estrategias de aprendizaje como a corregir pruebas. Necesitas pensar, medir cómo vas a plantear el tema a tratar, de qué manera puede el alumno hacer un recorrido racional que le sea significativo, y qué tipo de tareas le resultarán más eficaces para llevarlo a cabo. La planificación de cada hora de clase es fundamental. Lo cual me llevaría a

adentrarme en una cuestión polémica, a saber, las condiciones en que trabajan los profesores y lo que humanamente por tanto les es posible hacer. Esto lo dejaremos para otro momento. Retomando el hilo del discurso, el método que utilicemos es importantísimo, pero siempre estará supeditado al tipo de liderazgo que el profesor sea capaz de ejercer, porque eso determinará si las propuestas planteadas a los alumnos prosperan o les llevan a la más desesperante indiferencia. Asimismo, entiendo que el reto que supone para el alumno abordar cuestiones desconocidas –nuevo conocimientos– les resultará estimulante si de alguna manera exigen un esfuerzo que el profesor confía que sus alumnos pueden realizar. No desmotiva tanto la dificultad, como la falta de confianza en la capacidad que ellos tienen. Por eso, creo que deberíamos confiar más en que pueden, absteniéndonos de comentarios despectivos respecto de generaciones pasadas y que nuestras palabras se acompañen de hechos, es decir, proponerles verdaderos retos de aprendizaje transmitiéndoles la confianza en su capacidad. Para eso el docente debe creer en ello. Y deberíamos creer en su capacidad si tuviéramos en cuenta que los jóvenes hoy se desenvuelven en un entorno muy complejo. La saturación de la información hace de ellos blancos vulnerables, porque donde hay cantidad y sobreabundancia es difícil discernir lo relevante. La sociedad en la que se mueven es una amalgama de estímulos sin ningún tipo de jerarquización, todo está mostrado, pero todo parece igual. La conversión de la información en conocimiento no es algo que un alumno pueda hacer por sí solo. Por eso entiendo que el sistema educativo falla de raíz cuando propone una metodología en la que el alumno sea el protagonista de su aprendizaje y el profesor un orientador. Este planteamiento parte de una doble falacia: primero, que el alumno está motivado para aprender, de esto algo hemos hablado pero deseo hacer hincapié en que cuando el entorno es

sobreabundante la motivación baja, en segundo lugar presupone una capacidad de esfuerzo en los alumnos que no está tan desarrollada como desearíamos. Esto último por la “flojera” con la que la sociedad en general los ha educado. Son generaciones que han tenido mucho sin ningún esfuerzo y como bien sabemos a esforzarse uno aprende esforzándose, de la misma manera que cualquier otro aprendizaje exige entrenamiento. Así pues, insisto en que adolescentes poco curtidos no pueden ser esos alumnos de los que la LOE –y antes la LOGSE- nos hablan. **El papel del profesor debe seguir siendo clave, no como orientador del aprendizaje, sino como referente que proporciona conocimiento, ayuda a elaborarlo y estimula en sus alumnos el desarrollo de capacidades y actitudes que en un futuro harán de él un autodidacta.**

5.1.- Una estrategia de aprendizaje: El uso de las TIC en la enseñanza de la filosofía

Quisiera detenerme a analizar el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación que se hace o podría hacerse en el ámbito de la enseñanza de la filosofía. Tal vez porque existe una tendencia a maximizar la metodología poco conectada con la realidad del alumno como un factor importante del fracaso escolar.

Nuestros alumnos son los hijos de la era digital –incluso les cuesta leer la hora en un reloj con agujas- Pero insisto que esto, de por sí, no es mejor ni peor, depende como siempre del uso que de las nuevas posibilidades tecnológicas se haga. Ellos están acostumbrados al entorno informático y forma parte de la cotidianidad de muchos de ellos. No obstante, me temo que hacen un uso orientado a las relaciones, al intercambio y muy poco usan

la red como una fuente de información y de cultivo. De hecho, creo que casi todos los docentes hemos tenido la experiencia de que cuando deben lanzarse a buscar información, no tienen criterio. Parecen validar cualquier página que esté en la red, como si acabaran fundiendo lo virtual con lo real. Quizás de la misma manera que la televisión configuró el patrón de realidad de generaciones pasadas, podríamos sospechar que ese fenómeno en nuestros alumnos se produce más por el influjo de internet que de la televisión. El problema es que carecen, como decía anteriormente, de criterio para desestimar lo que no puede ser fiable de lo que sí. A menudo entre los profesionales de la enseñanza tendemos a atribuirnos la función de facilitar herramientas que les ayuden en ese discernimiento y al buen uso de las TIC. Y, por supuesto, es un apoyo. Ahora bien, teniendo en cuenta que el uso mayoritario de esos instrumentos lo hacen en casa, quizás deberíamos destacar el papel de los padres o tutores legales en esa tarea. Los chicos aprenden sobre el terreno de forma más significativa que en el artificio del aula. Saber para qué usa nuestro hijo/a la red, cómo lo hace, es una manera privilegiada de orientarlo de forma personalizada. Recordemos que la era digital conlleva un exceso de información a la que todos podemos acceder que sólo será fructífera si es tamizada por el sujeto y transformada en conocimiento, para lo cual obviamente, es imprescindible saber de dónde extraemos la información.

Teniendo en cuenta este contexto, el profesor de filosofía puede apoyarse en las TIC como un recurso rico y diverso en posibilidades. Entre sus usos destacaría:

- *Las grandes obras de los clásicos están digitalizadas, con lo que podemos acceder a una variedad notable sin ningún coste económico.*

- *Existen múltiples recursos didácticos ya elaborados en la red, entre los que destacaría las webquestion. Es cierto que a veces cuesta encontrar aquella que propiamente cumpla los objetivos buscados, pero también lo es que hay recursos guiados y simples para elaborar una webquestion personalizada.*
- *Entre los recursos mencionados hay además ejercicios interactivos que para la práctica de la lógica resulta útil a los alumnos.*
- *Podemos idear trabajos en los que el alumno consultando una serie de páginas elabore una reflexión filosófica sobre alguna cuestión problemática.*
- *Podemos abrir foros de debate sobre las cuestiones tratadas en clase y que por su riqueza no quedan agotadas y que además detectemos interesan especialmente a los alumnos.*
- *El uso del Power Point como instrumento de presentación y ordenación del discurso del profesor. Esta herramienta entiendo que tiene sus riesgos, si está destinada a hacer del lenguaje discursivo algo más tolerable para los alumnos, principalmente porque el uso de animaciones gráficas y la inserción de vídeos, les haga la disertación algo más tolerable. Por eso, según mi parecer puede ser utilizada puntualmente para situar y contextualizar a un pensador que vamos a trabajar durante bastantes clases, pero nunca para substituir el esfuerzo que el alumno debe realizar para mantener la atención durante el desarrollo de un discurso que pretende hacer comprensible el pensamiento de un autor. Ahí creo que es necesario presentar las ideas “al desnudo” y facilitar al alumno experiencias que en toda su*

“crudeza” le acerquen a la realidad, esa que habitualmente nuestro entorno esconde con las imágenes manipuladas. Insisto en que no podemos renunciar a desarrollar en el alumno la competencia lingüística y, en filosofía, pasa a mi parecer por el esfuerzo de seguir mentalmente un discurso ordenado y elaborado, porque ese será al fin y al cabo su paradigma de discurso.

Obviamente las posibilidades no se agotan aquí. Pero me gustaría hacer referencia a las dificultades que esto presenta para el docente. En primer lugar cualquier página recomendada a los alumnos debe ser analizada anteriormente por el profesor, ya que en ocasiones contienen errores, aunque la fuente sea fiable. En segundo lugar el rastreo de páginas de utilidad para el alumno, teniendo en cuenta el nivel de comprensión que puede hacer de ellas y la adecuación a los objetivos de la actividad requiere su tiempo. En tercer lugar, la realización de foros de debate estimula a los alumnos –lo digo por experiencia ajena y propia- pero exige una inversión de tiempo cotidiano que el profesor no puede asumir en muchos momentos. Si el profesor se abstiene de participar, refutar, reorientar el diálogo, el foro se muere. Esto está vinculado a la importancia del liderazgo del que hablaba en apartados anteriores. El alumno espera recibir un comentario del profesor sobre su forma de argumentar y razonar, el alumno espera alguien que lidere el foro y que de alguna manera establezca los límites y el recorrido claro por el que este discurre.

En definitiva, un buen uso de las TIC en la enseñanza de la filosofía requiere de más tiempo de dedicación por parte del profesorado. Se me ocurre que tal vez ya es hora de que los cambios en el sistema educativo no se solventen siempre a costa de la voluntariedad de los profesores, sino que se dote a estos de

recursos para ejercer su función de la mejor manera. Es una sugerencia.

Además, y lo más relevante que aquí nos ocupa, estos usos de las TIC entiendo que son recursos que el profesor debe facilitar al alumno para su trabajo en casa. Las clases deben ser ese momento en que el profesor muestre un discurso bien elaborado y estructurado, a partir del que pueda entablar diálogo con los alumnos y extraer de esta interacción toda la riqueza que en potencia posee. Esto implica, por supuesto que algunas clases pueden estar orientadas al seguimiento de las tareas realizadas en casa a través de las TIC, en la que disponiendo todos de ordenador en el aula, el profesor pueda reorientar el trabajo, verificarlo, etc. Pero, sé que me reitero, nunca como un disfraz que de color a la clase y se quede hueca de contenidos. Nunca como un método asiduo,-del que también se cansan los alumnos- en el que se apoye el profesor en menoscabo de su figura.

*Las TIC están revolucionando las formas de relación social, política y económica. Esta evidencia hace necesaria su incorporación como herramienta de aprendizaje en la escuela. Cada materia o disciplina debe identificar el equilibrio en su uso. Aquí pretendemos tan sólo reflexionar sobre el lugar que deben ocupar en la materia de filosofía. Por lo expuesto, parece sugerirse que éstas **deben ser una estrategia para, nunca un fin en sí mismas** –cuestión que teóricamente todos asumiríamos, no estoy tan segura que la práctica evidencie esta convicción- Una herramienta que apoye y refuerce el objetivo prioritario de la filosofía que es, como ya he formulado, el desarrollo de una actitud filosófica en el alumno.*

La Enseñanza se inicia cuando el maestro aprende del discípulo, cuando se instala en lo que el discípulo ha comprendido, en su manera de comprender.

Kierkedaard

6.- Conclusiones

Enseñar filosofía no es fácil, como no lo es enseñar ninguna otra disciplina. Ahora bien, cada materia tiene su idiosincrasia y ésta debe ser considerada en toda reflexión rigurosa sobre su enseñanza. Este ha sido el punto de partida de este escrito, tener como referente ineludible la naturaleza de lo que queremos enseñar.

Hemos constatado que la primera dificultad era precisamente ésta definir –con el reduccionismo que esto implica- la naturaleza de lo que llamamos filosofía. Por ello, proponíamos como contexto conceptual de partida la diferenciación entre filosofía y actitud filosófica. La filosofía sería el resultado de la actitud filosófica de los grandes clásicos. La actitud filosófica constituiría el objetivo prioritario de la educación filosófica. De esta forma la filosofía debe abordarse como historia de la filosofía, principalmente porque los autores tratados pueden constituir un referente de esa actitud que queremos educar, y facilitaría a los alumnos un primer modelo o pauta de lo que es una actitud crítica y filosófica.

Ahora bien, definido el para qué de la educación filosófica, no podemos obviar el contexto o sistema educativo en que ésta debe desarrollarse. Por ello he realizado un breve recorrido desde la LOGSE a la LOE para mostrar que tanto el paradigma conceptos-procedimientos como el último de la competencias resultan insuficientes desde la perspectiva de la filosofía para intentar

educar en los alumnos una actitud filosófica. Así **hemos tomado como referente la areté griega**, en su sentido originario y sin atrevernos a proponer traducción alguna, porque resulta una categoría rica en su concepción del humano, y por tanto de aquello que hay de educable en los alumnos. Aún me he aventurado a descomponer el concepto de areté en tres elementos que considero son el eje estructurador del individuo: la razón, las emociones y la acción. Desde esta perspectiva entiendo, por tanto, que la educación de los alumnos, desde la materia de filosofía, tiene como objetivo el desarrollo de una actitud crítica que permita el despliegue de las potencialidades de cada individuo, de su areté, actuando simultáneamente en sus aspectos racionales, emocionales y conductuales.

Establecido el para qué –una actitud filosófica que lleve al despliegue de la propia areté- de la filosofía en la educación, el cómo tiene ya un sendero sugerido. Ahí hemos propuesto como método de enseñanza-aprendizaje en el aula la **diléctica**, que como diálogo riguroso sobre cuestiones planteadas a partir de los autores abordados, exige previamente el **discurso del docente**. Un discurso que no siendo más que un lenguaje estructurado y ordenado facilita al alumno un referente vivo de cómo podemos expresar y elaborar nuestro pensamiento a través del lenguaje filosófico.

En este sentido, hemos otorgado al profesor un papel privilegiado, en tanto que su capacidad de liderar a los alumnos va a condicionar la motivación y en parte el aprendizaje posterior de estos. Quizás resulte paradójico que en un contexto, como el actual, de exaltación de los métodos de aprendizaje basado en el uso de instrumentos innovadores, alguien ose resaltar y privilegiar la figura del profesor. Creo haber justificado suficientemente esta

idea, pero aún añadiría algún elemento más que puede resultar clarificador.

A diario constatamos que algunas de las dificultades que los alumnos manifiestan en su vida académica responden a una gran dificultad de autocontrol y autolimitación. No descubro nada nuevo si caracterizo estos datos como síntomas de la caída de toda autoridad en nuestra sociedad. El concepto de autoridad pasa por una de sus mayores crisis. Primero porque remite a muchos a un autoritarismo anterior –cuestión quizás de confusión lingüística provocada por daños emocionales- Segundo, porque en el contexto de una sociedad democrática, plural y diversa, la autoridad se debilita, más aún si recordamos que la denominada sociedad postmoderna se caracteriza por esa debilidad del pensamiento que relativiza y difumina el concepto mismo de autoridad. Tercero, porque esa crisis de autoridad empezó a manifestarse antes en el seno de las familias que en el ámbito escolar. Cuarto, porque cuando la escuela detectó esa ausencia de autoridad en el seno familiar, ya era algo tarde. Los alumnos habían desarrollado una conciencia de sus derechos que nublaba por completo la conciencia de sus deberes. En un contexto educativo excesivamente proteccionista y que a menudo no pone límites a las demandas de los chicos, se produce una dificultad para desarrollar la propia capacidad de autolimitarse. Se entiende, así, que los alumnos adopten una actitud victimista que exagera sus derechos, obvia sus obligaciones y se siente por tanto incapaz de un esfuerzo y de un autocontrol que siempre va a experimentar como excesivos, aunque sólo sea porque son desconocidos. Esta manera de estar y ver el mundo es fundamentalmente pasiva. No lleva al esfuerzo, ni al sacrificio, necesarios en cualquier proceso de aprendizaje.

Por todo esto, creo aún más sugerente la idea de rehabilitar la autoridad del profesor, porque aun habiendo vivido los alumnos una escasez de limitaciones, creo que saben captar y percibir a quien se sitúa desde una perspectiva distinta y conquista el reconocimiento de los alumnos precisamente porque ejerce y les proporciona lo que ningún otro contexto les da: Alguien que por convicción señala los límites y las reglas del juego, alguien que evidencia la necesidad de jugar con reglas y por tanto la necesidad de que alguien con autoridad las haga cumplir. Aquel que no pueda aceptarlas, que no juegue, debería ser una posibilidad que sospecho daría resultados sorprendentes.

Así, me aventuro a proponer un uso instrumental de cualquier estrategia de aprendizaje –algo que antes ya mencionaba pero que en ocasiones la práctica me lleva a cuestionar- que no implique nunca la sustitución ni de la complejidad de los contenidos, ni por supuesto de la figura del profesor.

Apuesto, en consecuencia por una educación filosófica que partiendo del eje básico razón-sensibilidad-acción, posibilite el desarrollo de la aréte de cada individuo, que tomando al profesor como referente interioriza una determinada manera de mirar el mundo. Una educación en que el contenido es también una estrategia de aprendizaje de una determinada actitud crítica, y en el que el método se amolda a las exigencias que impone el objetivo prioritario. Una educación que pretende ser puente de autotransformación del sujeto, quien adquiriendo progresivamente una capacidad de análisis se erige en amo de sí mismo, porque ha sido capaz de ahondar en lo más auténtico de sí mismo.

Soy consciente de las limitaciones de la propuesta. De que los docentes de la filosofía somos diversos y tal vez aquí perfilamos

*un modelo algo excluyente de profesor. Recuerdo un programa que aún sigue vigente y que apliqué durante cuatro o cinco cursos en el centro donde trabajo. El programa es **Filosofía 6-18**.*

*Durante el curso previo a su implantación en el centro en la ESO, asistí a un curso de formación organizado por el IREF (*Institut per la recerca de la filosofia*). Allí, recuerdo, me encontré con un perfil de profesor socrático que dinamizaba el grupo desde el uso del diálogo y la argumentación. La experiencia posterior me evidenció cómo aquel programa no puede prosperar educativamente sin ese perfil de docente. Fue una experiencia fructífera para mí y en parte justifica a mi entender que sostenga un determinado modelo de profesor que aunque sé que es excluyente es, a mi entender, condición necesaria para que la materia de filosofía prospere educativamente. Quizás debemos asumir que de la misma manera que un director o un jefe de estudios deben cumplir un determinado perfil, también existen perfiles óptimos para la enseñanza de las diversas materias. Cada una debe describir cuál es el suyo. Por mi parte, intento atisbar algunas características irrenunciables del profesor de filosofía, y ello porque a su vez sostengo que es la herramienta privilegiada para educar a través de la materia de filosofía, una actitud crítica y filosófica.*

Soy consciente también que la única limitación no es el perfil de profesor propuesto. A veces, lo mismos docentes nos sentimos presionados por la tendencias vigentes y nos sentimos forzados a incorporarlas en nuestra clases simplemente porque es lo que ahora parece innovador y clave del éxito educativo. Hacer trabajo cooperativo –lo que siempre hemos denominado trabajo en grupo– aunque éste minimice a menudo el esfuerzo de algunos y maximice el de otros y posibilite, por tanto, a algunos alumnos el ocultamiento, está bien considerado. Presentar las clases en power point, aunque en ocasiones se utilice mal, es decir, como

mero expositor de diapositivas “muertas”, está bien considerado...Deberíamos proponer pero nunca imponer sutilmente nuevas estrategias. Cada materia exige las suyas, dejemos que sea el docente el que las calibre y decida.

No querría finalizar este escrito sin hacer alguna reflexión de carácter más general. Hay quien podría considerar que la educación está en crisis. Respondería que la crisis es inherente a la educación. Si entendemos por crisis un estado de cambio -no esa connotación negativa que ordinariamente le atribuimos como si cambiar fuera nocivo- educar es adaptarse continuamente a los cambios y los retos que el dinamismo social y cultural nos plantean. No podría concebirse una educación estática que no se amolda a las características y peculiaridades de cada momento. Ahora bien, adaptarse a no significa difuminarse y dejarse arrastrar por el entorno. La educación debe ser siempre crítica con el entorno, en el sentido de analizar los cambios que hay que incorporar y aquellos aspectos que deben ser rechazados por mucha actualidad que tengan. Así, sería conveniente reflexionar cómo incorporar las TIC en la educación sin que eso necesariamente implique el uso permanente de ordenadores en el aula. Creo que es necesario identificar qué significan esas herramientas para los alumnos y cuál es el uso beneficioso que de ellas podemos hacer. De la misma forma que la extensión del consumo de drogas no nos lleva a su consumo en la escuela, la extensión de las TIC no debe necesariamente llevarnos a su uso permanente. Se puede considerar la comparación fuera de lugar, pero quizás no lo esté tanto si atendemos a las nuevas patologías que se han desarrollado con el desarrollo tecnológico, en relación a la dependencia de los ordenadores, de los móviles, etc...Un uso educativo de las TIC no puede implicar nunca su exceso, porque

todo exceso es vicio, como decía Aristóteles, y la virtud está en el justo medio.

No obstante, sabemos cómo la presión social condiciona la gestión de la educación. La escuela se ve también obligada a menudo a ser una herramienta al servicio de toda demanda social. Por ello, las directrices educativas se amoldan excesivamente a lo que la sociedad espera de la escuela. Buenos técnicos, buenos gestores, buenos economistas, buenos empresarios, buenos médicos, es decir, individuos que sepan incorporarse a un determinado sistema social donde el rendimiento económico prevalece. Educar en sentido contrario, dando valor a otros elementos ¿no sería educar individuos desadaptados? No, si los individuos desarrollan la habilidad de, integrándose en distintos sectores sociales, cuestionar, replantear proponer nuevos horizontes que lleven a una sociedad lo más justa posible. Un educador es un sujeto paradójico siempre, porque oscila entre el pragmatismo necesario y el idealismo irrenunciable, por eso podría decirse que educar es el complejo arte de cultivar en los espíritus el justo equilibrio entre lo que se nos impone y lo que queremos. Superado ya el conflicto sobre la supuesta neutralidad de la educación, podemos afirmar sin rubor que quien educa sabe a dónde quiere llegar y el reto es identificar el cómo llegar.

Con esta finalidad el presente escrito es un intento de atisbar posibilidades de la acción educativa, en la materia de filosofía, basándome en la práctica y la experiencia de algunos años de ejercer como docente. Agradezco por ello a todos los alumnos con los que he compartido el aula lo que me han enseñado, de todos aprendí algo y sigo aprendiendo cuando tengo ocasión de conocer lo que ha sido de sus vidas. También agradezco el apoyo de los compañeros y el centro donde trabajo porque me he sentido siempre respetada y libre en mi manera de llevar a cabo la

práctica educativa. A la vez deseo que este escrito contribuya en algún aspecto por ínfimo que sea a rehabilitar socialmente la figura del profesor, porque estoy convencida que lo peor que puede ocurrirle a una sociedad es carecer de personas que tengan por vocación educar...

Es una mala práctica pedagógica la que quiere evitar las frustraciones al alumno, ocultando las dificultades o decorando la realidad del mundo de acuerdo con lo que el maestro considera que debería ser y no es.

"La escuela contra el mundo" G. Luri